

Relatos de horror de la posguerra centroamericana

Horacio Castellanos Moya: *Donde no estén ustedes*. Tusquets, México, 2003, 282 pp.

Insensatez. Tusquets, México, 2004, 155 pp.

Las guerras centroamericanas de los años ochenta pasaron y jamás llegó la tan esperada Novela De La Guerra. La posguerra, en cambio, tiene en Horacio Castellanos Moya a uno de sus narradores más controversiales y apasionantes. Una inocente observación de Álvaro Rivera en un mensaje de correo electrónico, en la cual se quejaba de la indiferencia de la prensa y el medio cultural salvadoreño ante la buena acogida de la más reciente novela de Castellanos Moya, *Insensatez*, provocó una tempestad en un vaso de agua: Un aluvión de correos invasivos, en los que la observación de Rivera se tomaba como una afrenta ante el hecho de que El Salvador acababa de sufrir inundaciones y

la erupción de un volcán. De paso, se volvía a la pregunta del sentido de la escritura en tiempos de desastres, sean estos guerras o diluvios con ayuda humana. De esa polémica bizantina no queda nada. Salvo la obra que desencadenó la polémica, pero que se desconoce en El Salvador.

Y es que Castellanos Moya publica con éxito en Europa, se le critica o se le defiende en El Salvador, pero no se lee. Como ejemplo de ello, los libros que comentaré en estas líneas, *Donde no estén ustedes* e *Insensatez* deben buscarse con lupa en las librerías salvadoreñas.

Al margen del *affaire* «El asco», la obra de este narrador, nacido en Tegucigalpa y autor de la antología *La margarita emocionante*, ha proseguido su curso. La materia prima de sus narraciones es aquello que quieren ocultar las diferentes «historias oficiales» (la de los mi-

litares, la de las antiguas guerrillas, la de la oligarquía en descenso, la de los intelectuales). Es decir, sus vísceras y sus detritus. Posiblemente sea un rumor, un secreto a voces, una confesión hecha con la cabeza baja, algo que se le quiere decir en la frente a alguien, aquello que nos tortura como individuos y como miembros de sociedades desquiciadas. Castellanos Moya baja a la morgue de la historia y comienza a narrar. Lo hace con una prosa ágil, «eficiente», como le llamó alguien. Se trata de una prosa nerviosa, obsesionante. En las primeras líneas, el autor sabe envenenar nuestra conciencia. Desliza el gramo de morbo necesario para dejarnos colgados de sus páginas. Ya sea con curiosidad por lo que va a contar, o por descubrir semejanzas entre sus relatos y la vida ¿real?, o con indignación creciente, estos libros atraen al lector.

En *Donde no estén ustedes*, se narra la historia de la muerte de Alberto Aragón, embajador salvadoreño en Managua en tiempos de la revolución sandinista, que acaba muriendo como un paria. Algunos de los personajes que ya conocíamos de otras novelas, como el detective Pepe Pindonga, reaparecen en estas páginas, así como ambientes y reminiscencias personales del tiempo en que el

autor fue periodista del desaparecido semanario *Primera plana*. Alberto Aragón recuerda mucho al desaparecido Enrique Álvarez Córdova: un hombre perteneciente a las élites económicas del país que se compromete políticamente y padece un destino trágico. Aragón no tiene, sin embargo, la aureola de martirio que rodea a la muerte de Álvarez Córdova. Su destino es el del jugador que apuesta todo, su vida, su bienestar, sus placeres a una sola carta... y pierde. El detective Pepe Pindonga intentará recomponer esa historia en la que Aragón es simplemente el lugar donde convergen las mezquindades de los otros.

La trama de *Insensatez* gira alrededor de un periodista salvadoreño que viaja a Guatemala para trabajar en la corrección de estilo del Informe de la Comisión de la Verdad que investigó los crímenes de la guerra civil de ese país centroamericano. Sus protagonistas son seres que se refugian de la podredumbre pudriéndose ellos mismos en alcohol y sexo. A medida que avanza en la lectura del Informe, el periodista se encuentra con las frases de las víctimas del horror, frases de una difícil y dolorosa poesía, que el protagonista va archivando en su cuaderno. Pero también, a medida se adentra en el texto, en esa medida

va adentrándose en un torbellino de incertidumbre. Sólo tiene a la mano el consuelo del sexo ocasional y del whisky, para seguir a flote y para decidir salirse de todo. El protagonista no es un héroe de izquierdas, no le interesa nada más que ganarse unos cuantos dólares por corregir el documento, pero termina convirtiéndose, de algún modo, en víctima de esas historias de horror que trata de leer desde la distancia del corrector de pruebas.

El autor declaró al suplemento nicaragüense *La Prensa Literaria* que escribía para sacarse la mierda de encima. Estas novelas son una catarsis que las sociedades centroamericanas deberían de hacer para quitarse sus propias mismas. Pero no lo hace. Por ello, estas historias de horror y de insensatez que cuenta Castellanos Moya, a lo mejor sigan teniendo el homenaje de la indiferencia del público lector centroamericano, mientras en España cosechan más lectores.